



"Cuidar sin infantilizar: cómo respetar la adulterz de quienes no pueden decidir por sí mismos?"

En el Pequeño Cottolengo conviven niños, jóvenes y adultos de 20, 30, 50 años o más.

Personas que, producto de sus severas discapacidades, muchas veces no pueden expresar sus ideas o tomar decisiones de forma autónoma, pero han vivido décadas con los cuidados y acompañamientos adecuados que les permiten llegar a esa edad con dignidad y sobre todo felices y agradecidos. Tienen historia, tienen identidad, y algunos logran tener tienedades avanzadas, y eso es algo que no podemos olvidar.

Entonces nos preguntamos **¿Cómo se cuida a una persona adulta que no puede hablar, que necesita apoyo total para vestirse, alimentarse o movilizarse, sin tratarla como a un niño o niña?**

Creemos que debemos reflejarlo en algunos detalles:

- **El lenguaje que usamos para referirnos a ellas (evitando el diminutivo constante).**
- **La ropa que usan.**
- **Los espacios que habitan.**
- **Las actividades que realizan.**
- **Y, sobre todo, en cómo las miramos y cómo hacemos que se sientan.**

A veces, desde el cariño o la buena intención, caemos en prácticas que reducen a las personas adultas a una imagen de niños eternos: usando apodos como "bebé", "mi niño" o "angelito", ofreciendo juguetes que no estimulan ni conectan con su etapa vital o hablándoles en tono exageradamente condescendiente. Estas prácticas pueden parecer inofensivas, pero reflejan una mirada que, sin querer, **despoja de adulterz** a quienes más necesitan ser reconocidos como sujetos plenos.

Cuidar sin infantilizar implica una postura ética que reconoce que la dignidad no depende de la autonomía. Es comprender que **la adulterz no se pierde por no hablar**, ni por tener dependencia total.

En el Pequeño Cottolengo trabajamos con equipos interdisciplinarios que abordan este desafío día a día, con formación continua, reflexión y un modelo centrado en la persona.

Porque cuidar bien también es **nombrar bien, mirar bien y acompañar bien**.